

Es posible que la capitalidad de la cultura occidental si no desplazada se haya multipolarizada en Londres, Milán, Amsterdam, Nueva York, etcétera, pero París sigue siendo un pequeño descanso para los tuaregs de la Historia.



## PARIS

clón, a la edad que tenía la niña cuando murió en el campo de concentración: cuatro años, cuatro años de edad.

Muy cerca, un monumento construido a la memoria de los treinta y cinco mil españoles que murieron en defensa de la libertad de Europa: luchando en los frentes aliados o deportados en campos de concentración alemanes. El monumento ha sido financiado por los bolsillos de Casals, Richet y Daniel Mayer. No es nada ostentoso, pero para cualquier español resulta acongojante. Precisamente, los españoles empezaron a morir en Europa en La Commune. En su represión fueron fusilados algunos socialistas utópicos e incipientes ácratas españoles adheridos a la causa de los comuneros de París.

Unos metros más arriba, la estilizada tumba dedicada a Largo Caballero. Una larga vida que tuvo tiempo de ver ochenta años de Europa, entre La Commune y la deportación nazi.

### A UN AÑO DE LA HORA DE LA VERDAD

Las elecciones legislativas de 1973 prometen ser un «test» definitivo sobre la morfología de Francia de la última esquina del siglo XX: entre la faz cohibida de un Frente Popular reformista o reformador y la faz de anuncio publicitario de una nueva derecha dinámica y desodorada, estará sin duda la elección.

En este sentido, el desarrollo político de Francia me parece algo más coherente que el italiano, donde aún hay que contar con el remiendo meta-político de la Democracia Cristiana.

—Esta ciudad está en decadencia.

Vuelvo al comentario inicial. Es posible que esté en decadencia tanto el París de Maurice Chevalier, que por aquellos días agonizaba, como el París de la Resistencia, muerto y enterrado por el gaullismo. Precisamente, la prensa se hacía eco de la protesta del gaullista-gauchista Maurice Clavel, que se quejaba porque la ORTF le había censurado una palabra en un programa de su elaboración. Clavel se metía en aquella palabra con Pompidou, que había declarado, más o menos, que ya estaba harto de tanto cuento de «Resistencia».

Es posible que el París hecho a la medida mitológica de la burguesía de la Belle Époque pasada por el filtro de Hollywood (como muy bien comentaba en TRIUNFO Chao, a raíz de su necrológica de Chevalier) nunca haya existido. Y que el París de la Resistencia y del existencialismo haya muerto, como ha muerto la autenticidad bohemia de Montmartre, aunque no su indescriptible belleza urbana. También es posible que la capitalidad de la cultura occidental si no desplazada, al menos se haya multipolarizado en Londres, Milán, Amsterdam, París, Nueva York, etc., etc. Pero con su verdadero rostro, preocupado, París sigue siendo un pequeño descanso para los «tuaregs» de la Historia. Legítimo que no se lo parezca así a los que aquí luchan, porque nada ni nadie pone los relojes.

Igualmente legítimo que para los que llegamos a París con el reloj, si no parado algo atrasado, París tal vez, tal vez siga siendo una fiesta. ■ M. V. M.

# La Capilla siXtina

## LOS CABEZONES DEL MUNDO

La prensa se las ingenia para consumir protagonistas de la Historia. Príncipes o militares, políticos o diplomáticos, policías o terroristas, la letra impresa engulle a sus protagonistas, les gasta a mayor velocidad que su regeneración. De ahí que últimamente se haya visto en la necesidad de valorar hasta extremos un tanto exagerados a nuevos animales políticos: los intelectuales especialistas en la lógica aplicada al análisis político. Generalmente este tipo de intelectual suele ser un animal mixto de historiador y teórico de la información (léase al nivel cibernético), que utiliza todo lo que sabe del pasado para intentar saber lo que más interesa hacer ahora de cara al futuro.

El primer animal político de este tipo ampliamente vulgarizado fue Herman Khan, asesor del presidente Nixon. Khan era un especialista en cálculo de probabilidades, y reunió a un importante equipo de historiadores, físicos y estudiosos de estrategia militar. Este importante equipo dirigido por McNamara corrigió la política empírica o visceral de los militares del Pentágono y prestó una lógica más racionalizada a lo que la prensa había bautizado como *coexistencia pacífica*. Ellos llamaron *mutual deterrence* (disuasión mutua) a lo que el perlodismo rosa llamaba *coexistencia pacífica*. Justificaron el armamento nuclear hasta los dientes de Oriente y Occidente como una necesidad indiscutible para el mantenimiento de la paz. Khan, siguiendo las opiniones del físico nuclear Teller, creía que la propaganda del desarme era una propaganda irresponsable. Sólo el miedo a ser destruido, razonaban Teller y Khan, puede evitar la declaración de ser agresor.

Harry Kissinger es un intelectual que ya por entonces apareció ligado a las posiciones filosóficas de Khan. Participó en un importantísimo estudio sobre la cuestión que en España publicó Seix y Barral hacia 1964 ó 1965, sin que se pudiera decir que el libro fuera un gran éxito de público. Y en mi opinión ha sido uno de los libros más interesantes, uno de los dos o tres realmente interesantes, que por ahí circulan intentando explicar a la gente en qué mundo vive.

Kissinger es ahora un animal político de primera página. Con un notable parecido con Alberto Sordi, el asesor del presidente Nixon demuestra que en asuntos de política exterior no hay apenas diferencia entre Kennedy y Nixon en lo fundamental; otra cosa ya es la *mise en scene*. La novedad aportada por Nixon es el funcionalismo político que ha sabido dar a sus

«cabezones». Kennedy les mantenía en el harén científico, pensando en el último piso. Nixon les ha sacado a la luz pública, ha obligado a que los «racionalizadores» encarnaran sus conclusiones científicas. De esta manera se ha traído más odios del sector intelectual que cualquier otro político de la inexorable política de «reacción» norteamericana. Pero me sospecho que el odio que los intelectuales «lógicos» de USA sienten por Nixon obedece a que les ha hecho imposible la coartada del «yo deduzco, pero no actúo». Entre la elaboración teórica y su conversión en acción mediaba una distancia que siempre servía de trinchera para el intelectual «lógico». Siempre le quedaba el recurso de decir «Yo creía más o menos que las cosas debían ir por ahí, pero estoy en total desacuerdo sobre la manera cómo han ido por ahí».

Con la actitud de Nixon, esta coartada no se aguanta y la policía crítica del mundo descubre al autor del asesinato a las pocas horas de haberse cometido. Los «lógicos» de la época de Kennedy o Nixon podían decir que lo importante era «retirar a los soldados americanos de Vietnam y dejar creadas unas condiciones óptimas para la «vietnamitación» del conflicto». ¿Cuáles eran esas condiciones óptimas? La destrucción de los núcleos industriales del Norte, el arrasamiento de las selvas donde se refugiaba el Vietcong, el robustecimiento militar de la casta dominante en el Sur. Una vez creadas estas condiciones óptimas, los chicos, a casa, y el país, agradecido a sus pacifistas oficiales. Estos siempre podían decir que estaban en desacuerdo con los bombardeos y con el napalm, con el militarismo de Van Thieu y con el amañamiento de la democracia electoral en Salgón.

Ahora les será imposible separar las verdades de laboratorio de su ejecución. De momento, Nixon ya ha enviado a Kissinger a que diera la cara por algunas de sus «deducciones lógicas». Que nadie se extrañe si el día menos pensado aparece Kissinger pilotando un bombardero americano sobre Hanoi o disfrazado de ama de casa y derrocando a Allende. Sorprendido con las manos en la masa, Kissinger jamás podrá decir: Yo no creía que las cosas debieran hacerse de esta manera. Una cosa es el fondo y otra la forma.

Lo único que usted y yo permitiremos que diga será: Estoy en contra de la separación entre trabajo intelectual y trabajo manual. Su último, desesperado, intento de reconquistar la ya perdida ambigüedad del intelectual oficial.

### SIXTO CAMARA